

90

COLECCION
PRIVADA
DEL
CONDE DE YBARRA



D. L.: M. 11.670 - 1970

PUEYO - MADRID

COLECCION
PRIVADA
DEL
CONDE DE YBARRA

PINTURA Y DIBUJO
DEL IMPRESIONISMO
AL NEORRALISMO

EXPOSICION
SALA REPESA



DON JOSE MARIÁ YBARRÁ
Y LASSO DE LA VEGA
(Retrato de Cossío)

LA nueva exposición de la Sala REPESA muestra una parte de la colección privada del excelentísimo señor don José María Ybarra y Lasso de la Vega, conde de Ybarra, y sigue la línea trazada en la anterior de Aureliano de Beruete.

Pero en este caso hay una circunstancia especial, que destacamos no sólo por obligación, sino también por devoción. Hace ya tiempo, creemos que muy cerca de dos años, se tuvieron los primeros contactos con el conde de Ybarra para hacer posible esta oferta que hacemos al público desde nuestra Sala.

Mas es cierto que junto a nuestro deseo e interés se encuentra la otra base fundamental para la finalidad perseguida: la acogida que se obtuvo por parte del conde de Ybarra, dentro de la más estricta línea que forma, de una parte, la noble estirpe y, de otra, el mecenazgo, la entrèga a un desinteresado afán por el arte, el coleccionismo, la sencillez y su inseparable elegancia.

El difícil equilibrio en línea de tanta quebradura y aristas, se daba—sin ninguna angustia ni alteración— en la forma en que se nos correspondió a la petición. La respuesta fue inmediata; la gestión, así, corta. Larga ha sido, por el contrario, la espera, debido especialmente a la enfermedad y muerte del señor conde de Ybarra. El interés por la exposición lo mantuvo siempre, hasta el final. La palabra dada por él, también ha sido mantenida por su ilustre familia. No cabía esperar otra cosa. REPESA lo sabía.

De esta forma, la introducción obligada del catálogo no se convierte en nota triste. Sabemos, además, que sería efímera, pues ante los primeros cuadros que se contemplan la emoción artística arrolla cualquier otro pensamiento.

Queden, pues, estas palabras en homenaje y agradecimiento al excelentísimo señor conde de Ybarra. Quede también como gratitud a la casa de Ybarra y en público orgullo de REPESA de poder, por méritos de otros, hacer meritoria su labor en este campo.

SOBRE LA COLECCION CONDE DE YBARRA

Si la colección conde de Ybarra no hubiera sido Ybarra, mi interés por ella tendría otro rescoldo. En ciertos casos, la colección es la pintura ensombreciendo el resto; en otros, la colección es el hombre potenciando la pintura. Algunas colecciones pertenecerían igual a cualquiera, por qué no. Las menos contradictorias, sólo a quien pertenecen, porque no y porque sí.

La que menciono es de éstas. Una multitud taciturna o multicolor, incorporando fisonomías, intemperies, intimidad, lo nuestro y lo de Dios, germinando en marcos, por parte de la colección; por parte del dueño, una personalidad envolvente e inasible, infundida en los cuadros por consanguinidad más que por adquisición. Uno se abstiene de intervenir, pero pregunta, ¿quién adueña a quién, dónde residen el derecho de propiedad y la propiedad por derecho?

José María de Ybarra y Lasso de la Vega, conde de Ybarra, conecedor parabólico o concéntrico de muchas ondas, simultánea por apellidos, la inducción marismeña del Sur y el positivado táctico y empresarial, cepa Nervión.

La ascendencia le lleva a un armado, Pedro Ybarra de nombre, presente en Lepanto, y a

la varonía lunar de Garcilaso, víctima del arrojo o la nostalgia. Naviero, académico por Santa Isabel de Hungría, campeón de golf, melómano, instigador de pintores y pintura, todo legitimado por el doble forjado de la sangre.

Esta bifurcación, inspirada y técnica, seleccionando arte, explica quizá exigencias o transigencias electivas. Número, calidad de obra y unidad posesiva, configuran más bien una colección. El resto, inherente a domicilio, presencia, postura e inventario nominal, configuran más bien un sistema plástico-planetary, en rotación y traslado continuo.

Del domicilio madrileño al de Sevilla, de la avenida ésa a las adelfas aquéllas, cuadros y dueño circulando a su libre albedrío, Ybarra compraba arte, pues comprar es la línea más recta entre apetente y apetecido; comprando a su gusto, naturalmente, el dueño cumplía su deber. Los cuadros cumplían el suyo, integrando una colección, una tribu, una civilidad, según firmas o fechas computadas. Reclutando cuadros, Ybarra no recluta esclavos, ni a su alma. Una mediación policíaca en el pueblo plástico, daría al titular complejo de déspota isleño a lo Caribe. Por el contrario, una sumisión total de obras a dueño,

podría suscitar en éstas el complejo de Edipo a escala cromática o lineal.

Quinientas piezas de arte no son la misma pieza repetida hasta quinientas, ni la misma imagen reflejada en otros tantos espejos. Quinientas piezas de éstas, lanzadas a rienda suelta, tendrían consecuencias imprevisibles e inconjurables. Tratándose de otra pintura, las riendas cuentan, incluso sueltas. Tratándose de pintura española, soberbia en cuanto la hace pintura, indomable en cuanto quiere hacérsela colectividad, no hay rienda posible. Los genios significan aquí guerra consigo mismo y con los demás genios, quizá por nuestro proclamado individualismo en particular o nuestro ardiente subdesarrollo general.

Opino, pues, que en esta colección el conflicto deriva no de seguir cada cual su camino, sino de tropezarse todos en el mismo camino. ¿Por qué? ¿Era necesario el tropiezo? ¿Qué se obligaba o se liberaba en Ybarra provocando esta colisión? ¿Escapismo de ciertas cosas, irritación ante otras, inversión dineraria, azar, destino, capricho?

Respecto a escapismo, dudo. Uno escapa cuando se siente acosado interiormente

por sí mismo o irresistiblemente llamado por algo que hay detrás del muro. ¿Qué ocurre en este caso? Volvemos atrás, a lo mismo. La conjetura escapista es seguir preguntando. Es estar donde estábamos.

Por capricho, uno suele resultar más coleccionable que coleccionista. Además, encaprichamiento que perdura se desustancia como tal. Y lo de Ybarra perdura con su vida y hasta el fin de su vida.

¿Colección inversión? Este hombre no arrojaba divisas al otoño, pero, en arte, el convencimiento privaba sobre el rendimiento. Negociar arte exige cantidades de candor, paciencia y aventura mercantilmente paralizantes. Cuando pretextaba inversión, Ybarra, coleccionista, establecía coartadas frente a Ybarra financiero. Así, coleccionaba con buena fe, acallando voces de su propia solvencia, membranas de cifras en las que «cuadro» sonaba a intrusismo, deserción, nada atendible.

Decididamente, me autorizo a rechazar estas conjeturas. Prefiero otra, calculando que Ybarra era quien era, pero el arte es quien es. El arte libre, vetado, réprobo, magnífico, es un fluido recibido por algunos en el plas-

ma sanguíneo, provocando fiebre posesiva, como el amor, selectiva, acumulativa, imperdonable, adorable. Ybarra experimentó en vena este maleficio zodiacal o providencial. La parcelación bética y la participación euskera de su sangre no pudieron sustraerle al sortilegio.

Sobre las presiones mágicas operaron quizá atavismos ambientales y locales. En Sevilla, primores pintados, cofres, telas, cristal, no murieron con Murillo, Camprobí o Céspedes.

Sigilosamente, búcaros, palomas, vírgenes cromatizadas siguieron integrando ajuares nupciales, testamentarías, desguaces, almonedas y alcobas. También supervivieron profesionales y agentes de arte, sedentarios o errantes.

El conde nombraba en pintores de maletas abiertas. Murillo Bracho, inundaciones del Guadalquivir o del Mississipí, como Arpa. Coleccionistas, Williams, Bravo, Lasso y Madañaga. Vendedores de arte, feriales o domiciliarios, Eduardo Lagarto, hijo del de la taberna celeste y oro, y los prestigiosos Marín y García, racialmente gitanos, intuitivamente expertos, imbatibles en percepción de pare-

des ocupables o matrimonios con hogar ornamentalmente antojadizo o necesitado.

El arte mantuvo bajo su sombra, tertulias, adeptos, una academia y un museo ilustremente intransitados, pero conversables. Sevilla es conversación tanto como ciudad, por imperativo de sal, respeto de gentes, humanismo referido a misterios familiares, gastos de casa, glorificaciones y teorizaciones repentizadas sobre santeros de barrio o murillos de museo. Cuando en el Guadalquivir cesaron los almadiages de arte rumbo a Indias, lo que fue cosa de asombro se hizo cosa de casa. Siguieron artistas que vivían sobre el terreno, con todas las consecuencias, o buscaban otros terrenos sin consecuencias previsibles. Por manos de Ybarra pasaron zurbaranes, camprobís, ledemas, céspedes, pachecos, como material de adorno o de derribo. Cuanto el conde llevaba en condición embrionaria creció por contacto experimental, promoviéndole académico por Santa Isabel de Hungría, propietario de embelesos, descubridor y padrino benévolo de tanto pintor admirable o tolerable.

Por razón de ser como se es, Ybarra prefirió una posesión belicosa a otra quietista: la posesión que permite estar en vilo a la que

permite estar sentado. Véanse sus pertinencias en general: barcos, alazanes, residencias para ir y partir, amigos de madrugada, cuadros de hoy, de mañana y de nunca. Comprando cuadros, Ybarra compraba un derecho a poseer la inmortalidad o la nada, oscilar del cero al infinito, financiar asuntos como ficción o quimeras como asuntos.

La exposición REPESA ofrece algunos ramajes perennes de esta colección selvática y orgánica a la vez. Los troncos mayores protegen al naciente, sombreando brotes y germinaciones futuras. Todo gira, negligentemente, sobre ejes inamovibles. Aunque esta selección interesa pintura impresionista, mágica, neonaturalismo, neofiguración y secuencias juveniles, desde Isidro Norrell (1873) hasta Cortijo (1970) —con ejemplos de la empresa plástica del siglo en sus determinantes y excluyentes españolas—, se han respetado ciertas excepciones fuera de fecha. El retrato de Gustavo Adolfo Bécquer, por Valeriano Bécquer; la gran panorámica del primer ferial sevillano, y quizá alguna otra todavía indeterminada. No se olvidó la magnitud de cada uno, pero tampoco hechos, inherentes a cuadros, como venir de donde vienen, fidelidad de quien los amó, y curiosidad

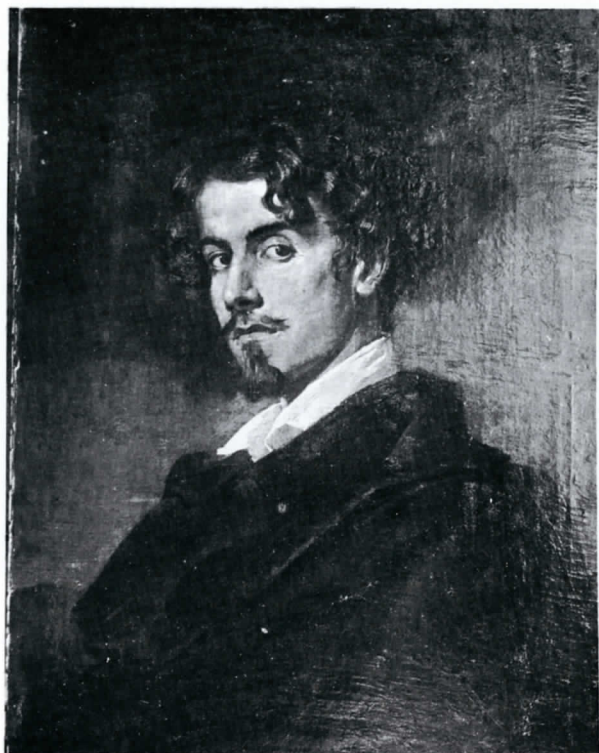
de Madrid hacia quienes le visitan en persona por primera vez.

La gentileza de casa Ybarra nos concede, en presencia efectiva. Una parte cimera de su colección. La fatalidad nos niega la presencia personal de quien, con años de ilusión e indagación, hizo inseparable su nombre del de sus elegidos. El conde de Ybarra no podrá ver, en nuestro alojamiento y frente a nuestro respeto, este resumen de lo que ilusionó sus días mortales. Cuestión de muy poco: lo que media entre el verano que fue y la primavera que llega esta mañana. Tan poco, que uno escucha al destino y desdeña creerlo.

Pesadumbres de fecha, hora, lugar y fatalidad, mas le revela no ver en pie a quien le llamó amigo, y alentó en un camino que, sin la confianza de alguno como él, es mucho camino para andarlo solo. Menciono formas eventuales de andar. No soy nadie para mencionar formas de sentir, si dependen de hombre.

RAMON FARALDO

C A T A L O G O



Valeriano Bécquer
(Retrato de Gustavo Adolfo Bécquer)

En la imposibilidad de exponer en su totalidad la colección del conde Ybarra, esta selección pretende representar las obras y firmas más significativas.

Figuran en este conjunto óleos y dibujos de:



Ignacio Zuloaga (La empolvada)

P I N T U R A

1. **VALERIANO BECQUER:** «Retrato de Gustavo Adolfo Bécquer».
2. **ARPA:** «Inundación del Mississippi».
3. **JOAQUIN SOROLLA:** «El niño del melón».
4. **GUTIERREZ SOLANA:** «El entierro de la sardina».
5. **IGNACIO ZULOAGA:** «La empolvada».
6. **NONELL:** «La tejedora».



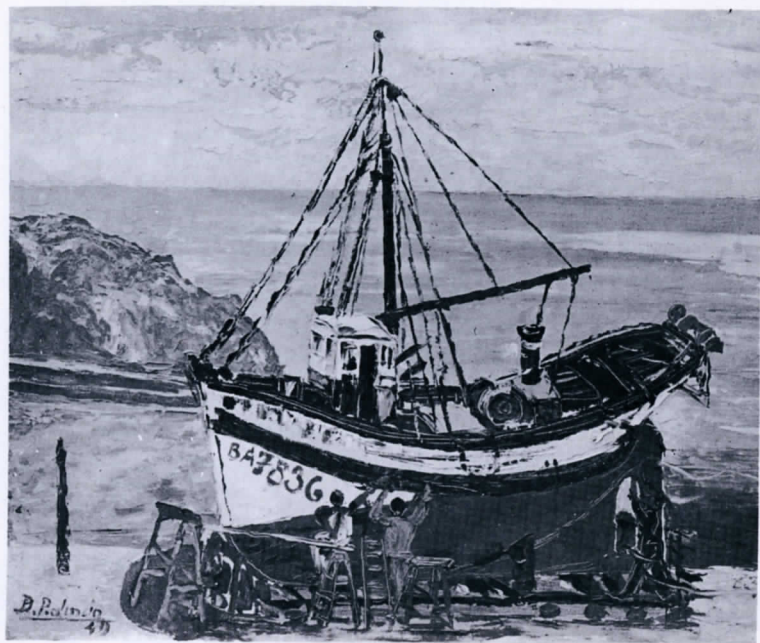
Isidro Nonell (Gitana)

7. NONELL: «La Lola».
8. NONELL: «Figura en blanco».
9. FRANCISCO DOMINGO MARQUES: «El gato sobre el almohadón».
10. MAIFREN: «Paisaje alrededor de Olot».
11. MAIFREN: «Paisaje» (dedicado).
12. RIANCHO: «Paisaje».
13. CECILIO PLA: «Casas y tejados».



José Gutiérrez Solana (El entierro de la sardina)

14. BENJAMIN PALENCIA: «El barco».
15. BENJAMIN PALENCIA: «El hipódromo».
16. BENJAMIN PALENCIA «Montaña amarilla».
17. PANCHO COSSIO: «Gran bodegón».
18. PANCHO COSSIO: «Bodegón de las brevas».
19. PANCHO COSSIO: «Bodegón de los azucarillos».
20. PANCHO COSSIO: «Retrato del conde de Ybarra».



Benjamín Palencia (El barco)

21. **PANCHO COSSIO:** «Retrato de niña».
22. **CLAVE:** «Pez rojo».
23. **CLAVE:** «Naturaleza muerta».
24. **RAFAEL ZABALETA:** «La siesta».
25. **SUNYER:** «Retrato de mujer».
26. **VILLA:** «Paisaje catalán».
27. **VILLA:** «Paisaje pueblo fondo azul».



Rafael Zabaleta (La siesta)

28. HUMBERT: «Figura de mujer».
29. HUMBERT: «Figura de mujer».
30. SISQUELLA: «Bodegón».
31. SISQUELLA: «Retrato de su padre».
32. SISQUELLA: «Retrato de mujer».
33. QUIROS: «Figuras sobre fondo azul».
34. CANEJA: «Paisaje».

35. DEL OLMO: «Figura de mujer».
36. REDONDELA: «Madrid».
37. PEDRO FLORES: «Los músicos».
38. PEDRO FLORES: «Paisaje de París».
39. PEDRO BUENO: «Cabeza de muchacha».
40. GRANDIO: «Marina».
41. CECILIA YBARRA: «La cocinera».
42. ORTEGA MUÑOZ: «Paisaje».

D I B U J O S

43. FOUJITA: «Cabeza de mujer».
44. NONELL.
45. NONELL.
46. NONELL.
47. NONELL.
48. NONELL.
49. NONELL.
50. MALLOL ZUAZO: «Desnudo».
51. GUTIERREZ SOLANA.
52. GUTIERREZ SOLANA.
53. VAZQUEZ DIAZ: «El perdigón».
54. BENJAMIN PALENCIA: «Desnudo».
55. GREGORIO PRIETO: «Cabezas».
56. CLAVO.
57. ZABALETA.
58. ZABALETA.
59. CORTIJO: «Figura de hombre».
60. CORTIJO: «Figura de hombre».

